

DULCE O SALADO

Le apeteían tanto unos caramelos.

Pronto anochecería. Sentada en un banco de piedra del jardín, se preguntó dónde podría encontrar algo dulce. Suspiró y contempló pensativa sus zapatos de charol. Tal vez Rose tuviera galletas en la cocina.

No. Galletas no. Le apeteían caramelos.

Ichigo se levantó y sacudió la falda de su vestido rojo, con miles de volantes. Se cruzó de brazos y miró ceñuda a Violet, sentada en el banco.

- ¿Dónde podemos encontrar caramelos, Violet? – esta se negó a contestar, así que Ichigo hizo un puchero y la miró furiosa - ¡Eres una maleducada, Vi! Deberías responder cuando alguien te hace una pregunta.

Los ojos de la muñeca de trapo ni siquiera pestañearon, Ichigo la cogió y se giró bruscamente. Las largas trenzas negras despidieron un arco tras ella antes de caer sobre su espalda.

- ¡Bien! – exclamó; un brillo malévolo asomó a sus enormes ojos verdes – Tal vez Orchid tenga algunos caramelos. Iremos a buscarla. ¿Te parece bien, Vi? – Ichigo hizo que la muñeca asintiera y sonrió – Eso está mejor.

Se encaminó al interior de la casa; cruzó el salón rápidamente y, una vez llegó a los pies de la gran escalera del vestíbulo, cuyo suelo de mármol estaba tan impoluto que Ichigo podía ver su reflejo en él, miró de nuevo a Violet.

- Sssh... – susurró llevándose un dedo a los labios – No debemos despertar a Rose o se enfadará.

Subió las escaleras despacio, con cuidado de que sus zapatos no hicieran ruido en los peldaños. Una vez llegó al segundo piso, se encaminó hacia la izquierda.

El pasillo estaba apenas iluminado. De vez en cuando, una vela solitaria iluminaba brevemente el camino. Al fin, Ichigo se detuvo frente a una de las puertas. Justo a su lado, sobre una mesita de caoba, alguien había dispuesto un jarrón de cristal con un enorme ramo de orquídeas blancas. Después de golpear con suavidad la puerta, entró en la habitación.

Todo allí era muy blanco. Los visillos que cubrían los enormes ventanales; la ropa de la cama y su dosel; los cojines sobre ella; el armario; el tocador. Todo blanco. Orchid estaba sentada frente a este último, ataviada con un vestido azul con volantes blancos. Se peinaba cuidadosamente los rubios tirabuzones de su larga melena. Al ver a Ichigo reflejada en el espejo, sonrió mostrando sus perfectos dientes blancos. Sobre el tocador, una muñeca de trapo con también tirabuzones rubios, la miraba impávida.

- Orchid, me muero por unos caramelos – dijo Ichigo.

- No tengo caramelos.

- Sé que sí.

- No tengo caramelos – reiteró.

Ichigo comenzaba a enfadarse. ¿Cómo podía Orchid ser tan tacaña? Además, era una mentirosa y eso estaba mal. Se acercó al tocador y sentó a Violet junto a Dalia, tras lo que dio un buen tirón de uno de los tirabuzones de Orchid. Esta no dijo nada, pero miró furiosa a Ichigo antes de coger unas tijeras del tocador y abalanzarse sobre ella. Ambas cayeron al suelo.

Orchid trataba de clavarle las tijeras a Ichigo en un ojo, y esta trataba de impedirselo sujetándole las manos.

- ¡Cómo te atreves a tirarme del pelo! – exclamó.

- ¡Eres una mentirosa! – exclamó a su vez Ichigo.

Entonces, como si tal cosa, Orchid se levantó y se echó a reír. Ichigo la imitó.

- Yo también quiero caramelos. Pero Rose se enfadará si salimos de casa.

- Hum... – Ichigo se quedó pensativa unos segundos – La cocinera siempre está rumiando algo. Ella debe tener caramelos. Iremos y se los pediremos.

Apenas unos minutos después bajaban ya las escaleras, cada una llevando en sus brazos a su muñeca. Al entrar en la cocina la vieja cocinera las miró extrañada, mientras rumiaba su caramelo.

- ¿Queréis algo niñas? – preguntó mientras cortaba con un enorme cuchillo unas verduras.

- Caramelos – entonaron a la par, con tono musical, ellas.

- No, no – dijo la cocinera, echando las verduras en una enorme olla – Pronto os daré la cena; la señora Rose se enfadará si os doy caramelos ahora.

Las niñas fruncieron el ceño y, furiosas, señalaron a la cocinera.

- ¡Queremos que nos des caramelos!

La cocinera se volvió hacia ellas y se cruzó de brazos.

- No, no. Rose se enfadará. Esperaréis a la cena.

Ichigo y Orchid estaban ya realmente furiosas. Se cogieron de la mano y sonrieron, inclinando a un lado la cabeza. La cocinera creyó que al fin había vencido y se giró para seguir preparando la cena. Pero cuando quiso coger el cuchillo, descubrió que ya no estaba allí. Miró un segundo a las niñas antes de que miles de volantes y encajes cayeran sobre ella. Ichigo se ocupó de sujetar a la vieja mientras Orchid le clavaba el

cuchillo en la garganta. La sangre les salpicó la cara y ambas rieron entusiasmadas. Mientras Ichigo se lamía la mejilla, Orchid, con cierto esfuerzo, abrió en canal a la cocinera. La sangre formaba ya un charco bajo su cuerpo, y su vestido blanco se había teñido por completo de rojo.

- ¡Bien! – exclamó Ichigo e, introduciendo la mano en el cuerpo arrancó de cuajo el estomago de la vieja – Toma – se lo tendió a Orchid, que se relamía – Ábrelo.

Mientras Orchid rajaba el estómago, Ichigo reparó en que el corazón de la vieja parecía una apetitosa manzana. De repente le apetecía mucho una manzana así que, cogiendo el resbaladizo corazón en sus manos, le pegó un bocado.

- Salado – murmuró con la boca llena - ¿Prefieres dulce o salado? – le preguntó a Orchid.

Orchid, que ya había abierto el estómago le mostró el interior. Estaba lleno de caramelos y ambas se echaron a reír con júbilo.

Justo entonces, la puerta de la cocina se abrió y Rose entró; llevaba un elegante vestido largo y negro, con cuello y mangas de encaje, y lucía un broche en el cual una esmeralda lanzaba destellos verdes. Su cabello, corto y negro, estaba perfectamente peinado y en sus labios, pintados de rojo, mostraba una mueca de desaprobación. Se quedó mirando a las niñas, con sus vestiditos de encajes y volantes cubiertos de sangre, unos instantes.

- Estaréis contentas – dijo al fin - ¿Quién hará la cena ahora?

Las niñas la miraron y una ancha sonrisa adornó sus rostros de muñeca mientras entonaban:

- ¿Dulce o salado?